

Todos los pueblos

Octubre 2026



Huascar de la Cruz

Es casado y tiene cuatro hijos. Ha sido pastor en México por largo tiempo, y en la actualidad funge como el director del Ministerio Reforma.

CADA DIA, Volumen 26, Número 10, Octubre 2026. Toda Escritura es de la: Dios Habla Hoy. Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Huascar de la Cruz

Redacción editorial: Huascar de la Cruz

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Editor: Rubi León

Digramación: David Marín

Portada: Daniel Ulín



Ministerio
Reforma



Todos los pueblos

El propósito de Dios para una humanidad dividida

Huascar de la Cruz

Basta mirar alrededor para descubrir cuánto nos parecemos y, al mismo tiempo, cuántas cosas nos separan. Compartimos las mismas necesidades, alegrías y temores, pero hablamos diferentes idiomas, pertenecemos a distintas culturas y hemos aprendido a identificarnos por nuestra nacionalidad, color de piel, condición social y muchas otras diferencias. Algunas enriquecen nuestra convivencia; otras las hemos convertido en muros que alimentan el prejuicio, la discriminación y hasta la violencia. ¿Era este el propósito de Dios para la humanidad?

Durante este mes recorreremos la Biblia buscando una respuesta. Comenzaremos en Génesis, donde descubriremos que todos llevamos la imagen del mismo Creador, y seguiremos la historia de una humanidad que el pecado dividió, pero que Dios nunca dejó de amar. Veremos su promesa de bendecir a todas las familias de la tierra, encontraremos extranjeros recibiendo su gracia y acompañaremos a Jesús mientras cruza las barreras que separaban a las personas. Finalmente llegaremos hasta aquella extraordinaria visión de Apocalipsis: una multitud “de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” reunida delante del Cordero. De un solo origen venimos, el pecado nos dispersó, la gracia nos alcanzó y Cristo nos está reuniendo.



A IMAGEN DE DIOS

*“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó;
varón y hembra los creó”.*

Génesis 1:27

Hace unos días, los periódicos dieron a conocer una noticia que llamó la atención del mundo de la música. En una biblioteca apareció un manuscrito que había permanecido olvidado durante casi dos siglos y medio. Cuando los expertos descubrieron que aquellas páginas habían sido escritas por Wolfgang Amadeus Mozart, dejaron de ser simplemente unas hojas viejas. De pronto adquirieron un valor extraordinario.

¿Se ha puesto a pensar que algo parecido ocurre con nosotros? Hay mucha gente que no sabe lo que realmente vale porque se han valuado con los estándares equivocados. Si tan solo reconocieran que en cada ser humano hay una huella, la huella de su creador, la vida, sin duda, cambiaría para muchos.

Pero ¿qué significa exactamente esa huella? ¿Acaso la Biblia dice que Dios tiene un cuerpo como el nuestro? ¿O que nos parecemos físicamente a Él? Por supuesto que no. Aunque no podemos negar que hay quienes así lo creen, la Escritura afirma claramente en diversas ocasiones que Dios es espíritu. Lo que este primer capítulo de la Biblia enseña es que cada ser humano lleva una marca que ningún otro ser de la creación posee. Hay algo en nosotros que refleja al Creador y que nos distingue del resto del mundo. Y era necesario decirlo desde el comienzo porque el mundo tiende a olvidar el verdadero valor del ser humano.

Ora: *Padre Celestial, gracias por crearme. Ayúdame a verme a través de tus ojos y a valorar tu amor por mí. Enséñame también a amar a otros como tú los amas. En Jesús, amén.*

FORMADOS POR LAS MANOS DEL CREADOR

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”.

Génesis 2:7

¡Qué manera tan sencilla y, al mismo tiempo, tan profunda de hablar del origen de la vida! La Biblia no presenta el nacimiento del ser humano como un misterio imposible de explicar ni como una serie de acontecimientos al azar. Nos lleva hasta el Creador y nos dice que el hombre fue formado por Dios y recibió de Él el aliento de vida.

Han pasado miles de años desde que se escribieron estas palabras. La ciencia ha avanzado de una manera extraordinaria. Hemos aprendido muchísimo acerca del universo, del ADN y del funcionamiento de las células. Y, sin embargo, quienes confesamos la fe cristiana no encontramos razones para admirar menos este relato. Al contrario. Cuanto más descubrimos sobre la complejidad de la vida, más nos maravillamos de la sencillez y la profundidad con que Dios describe nuestros orígenes.

Sin embargo, hay todavía mucha gente que se obstina en creer que somos simplemente “barro con suerte”. Estamos aquí simplemente porque las circunstancias coincidieron. No hubo un propósito. No hubo nadie que nos quisiera aquí. ¿Pero si Génesis tiene razón? ¿Y si usted no está aquí por casualidad, sino porque alguien quiso que existiera? Qué maravilloso es saber que no provenimos de un Creador distante, sino de alguien que se involucra en nuestra vida y nuestro destino. Somos seres formados por un Creador que nos llama a vivir para él.

Ora: Señor y Dios, gracias por formarme y darme el aliento de vida. Ayúdame a valorar mi vida y la de los demás como obras de tus manos. En Jesús, amén.

CORONADOS DE GLORIA Y HONRA

“¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?”.

Salmo 8:4

¿Cuándo fue la última vez que se detuvo a mirar el cielo en una noche despejada? Si alguna vez ha estado en el campo, lejos de las luces de la ciudad, sabe que la luna y las estrellas producen una extraña sensación. Por un lado, nos llenan de admiración al descubrir cuánta grandeza y belleza pueden desplegarse en medio de la oscuridad. Pero, al mismo tiempo, nos hacen sentir pequeños. Aun sin conocer mucho acerca del universo, intuimos que existe una inmensidad que está completamente fuera de nuestro alcance.

Esa misma experiencia tuvo el autor del Salmo 8. Después de contemplar los cielos, no se dedicó a hacer anotaciones acerca del movimiento de los astros. Lo primero que hizo fue formular una pregunta: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?”.

Es una pregunta que no envejece. En un universo tan inmenso, ¿por qué habría de fijarse Dios en nosotros? ¿Qué importancia puede tener nuestra vida frente a galaxias incontables y estrellas que llevan brillando desde hace tanto tiempo? Pero, en lugar de hundirse en la desesperación David nos dice algo que puede sorprenderle: Dios hizo al hombre “poco menor que los ángeles, y lo coronó de gloria y de honra”. Es Dios mismo, quien nos ha dado la vida, quien nos dice cuánto valemos, qué tan importantes somos para él.

Ora: *Querido Dios, gracias porque mi valor no depende de la opinión de los demás, sino de que me has creado para reflejar tu gloria. Ayúdame a vivir con esa certeza. En Jesús, Amén.*



TEJIDOS EN EL VIENTRE MATERNO

“Porque tú formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre”.

Salmo 139:13

Veía hace unos días unas imágenes de ultrasonido de nuestros hijos. Fue la primera vez que pudimos asomarnos a la vida de nuestros hijos antes de que nacieran. En esas imágenes todavía no sabíamos cómo serían sus ojos, ni el color de su cabello. Apenas podíamos distinguir su pequeño cuerpo. Pero para nosotros significaban muchísimo. Eran la prueba de que una nueva vida estaba creciendo.

Y, sin embargo, mientras contemplábamos aquellas imágenes con asombro, olvidábamos algo maravilloso. Nosotros apenas estábamos dando el primer vistazo. Dios ya los conocía perfectamente. Por eso el salmista puede decir: “Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos” (Salmo 139:16, NVI).

Hoy que sabemos mucho más que antes sobre genética, desarrollo embrionario y crecimiento fetal no dejamos de sorprendernos acerca del origen de la vida. Y todo ese conocimiento ha sido de enorme beneficio para la humanidad. Sin embargo, quienes creemos en el Dios de la Biblia no solo aprendemos a respetar la vida. Antes que nada, aprendemos a adorar al Dios que la da. Por eso el salmista exclama: “¡Te alabo porque soy una creación admirable!” (NVI). Y si Dios fue quien le dio la vida, entonces también es Él quien mejor conoce su verdadero valor.

Ora: *Dios mío, gracias porque desde el comienzo me conociste y me formaste con sabiduría. Ayúdame a valorar toda vida humana como una obra preciosa de tus manos. En Jesucristo, Amén.*





UN SOLO ORIGEN

“Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra”.

Hechos 17:26

A simple vista, la humanidad parece estar llena de diferencias. Cambian el color de la piel, los rasgos, los idiomas, las costumbres y las culturas. A lo largo de la historia, esas diferencias incluso han servido para justificar prejuicios, discriminación e injusticias. Sin embargo, cuanto más estudia la ciencia al ser humano, más evidente resulta que compartimos un origen común. Las diferencias genéticas entre los distintos pueblos son sorprendentemente pequeñas. Somos mucho más parecidos de lo que muchas veces imaginamos.

Muchos siglos antes de que existieran los estudios genéticos, el apóstol Pablo afirmó una verdad aún más profunda: Dios hizo de un solo origen a toda la humanidad. Esto significa que ningún pueblo es más humano que otro. Ninguna nación es superior por naturaleza. Todos compartimos la misma dignidad porque todos procedemos del mismo Creador.

Pero Pablo no menciona esta verdad solo para enseñarnos a respetarnos unos a otros. Su propósito va más allá. Si todos tenemos un mismo origen, también compartimos una misma necesidad: conocer al Dios que nos creó y reconciliarnos con Él por medio de Jesucristo. Nuestra unidad no consiste únicamente en compartir la misma sangre; consiste en que todos somos llamados a encontrar la vida en el mismo Salvador.

Ora: *Padre celestial, danos esa necesidad de conocerte y reconocerte como nuestro creador. Enséñanos a aceptar a todo ser humano como creación tuya. En Jesucristo te lo pido, Amén.*



GRACIA SIN FAVORITISMO

“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas”.

Hechos 10:34

Cuando hablamos de prejuicios, solemos pensar en algunos de los episodios más oscuros de la historia: la esclavitud, la segregación racial o la discriminación contra determinados pueblos. Es fácil condenar esos errores cuando los vemos en otros. Lo más difícil es reconocer que el prejuicio también puede esconderse en nuestro propio corazón.

Eso fue lo que ocurrió con el apóstol Pedro. Había caminado con Jesús durante años. Lo había visto acercarse a publicanos, pecadores, enfermos y marginados. Sin embargo, todavía le costaba creer que los gentiles pudieran recibir el evangelio en igualdad de condiciones con los judíos. Fue entonces cuando Dios lo llevó a la casa de Cornelio y le enseñó una lección que cambiaría para siempre la historia de la iglesia. Pedro terminó diciendo: “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas”.

No significa que Dios ignore la diferencia entre el bien y el mal. Significa que Él no concede su gracia basándose en la nacionalidad, el origen, la posición social o la apariencia. Todos llegamos a Él por el mismo camino: por la fe en Jesucristo. También nosotros debemos examinarnos. A veces levantamos barreras que Dios nunca levantó. Pensamos que ciertas personas están demasiado lejos, demasiado rotas o demasiado diferentes para acercarse al Señor. Pero el evangelio nos recuerda que nadie merece la gracia y, precisamente por eso, la gracia puede alcanzar a cualquiera.

Ora: *Padre Celestial, perdóname si mi pecado me ha impedido ver a los demás como Tú los ves. Dame un corazón dispuesto a anunciar el evangelio sin favoritismos. En Jesús, Amén.*

AMOR PARA TODOS

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Juan 3:16

Las mejores noticias suelen llegar cuando menos las esperamos. Así le ocurrió a Nicodemo. Aquel respetado maestro de Israel buscó a Jesús de noche, lleno de preguntas. Seguramente esperaba una conversación sobre la ley o las tradiciones religiosas, pero Jesús le habló de algo que transformó por completo su manera de entender la salvación: era necesario nacer de nuevo.

En medio de esa conversación, Jesús pronunció una de las declaraciones más conocidas de toda la Biblia: “Porque de tal manera amó Dios al mundo...”. No dijo que Dios amó solamente a un pueblo, una raza o un grupo privilegiado. Dijo que amó al mundo. Esta afirmación rompía muchas barreras. La salvación no depende del lugar donde nacimos, de nuestra nacionalidad, de nuestra historia familiar ni de nuestros méritos religiosos. El amor de Dios alcanza a personas de toda lengua, cultura y condición social.

Pero ¿cómo podemos estar seguros de ese amor? ¿Cómo saber que no depende de nuestros sentimientos o de las circunstancias que estamos viviendo? Mira a Jesús. En la cruz encontramos la prueba irrefutable del amor de Dios. Allí descubrimos que Cristo murió por personas de toda nación, lengua y condición. En Él hallamos la única esperanza de salvación y la certeza de que Dios no hace distinción entre las personas.

Ora: Padre Celestial, gracias por demostrarnos tu amor a través del sacrificio de Jesús. Ayúdanos a vivir en la certeza de ese amor inagotable y a compartirlo día con día. En Cristo Jesús, Amén.

LA ENTRADA DEL PECADO

“...sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”.

Génesis 3:5

La primera tentación de la historia suele reducirse al deseo de comer un fruto prohibido. Pero el verdadero atractivo no estaba en el fruto, sino en la promesa: “Seréis como Dios”. La serpiente sembró en Eva la sospecha de que la vida que Dios le había dado no era suficiente. Que podía aspirar a algo más. Que sería más plena si dejaba de depender del Creador y decidía por sí misma lo que era bueno y lo que era malo.

Ese mismo mensaje sigue resonando en nuestro tiempo. Vivimos rodeados de voces que nos invitan a reinventarnos constantemente. Nos prometen que encontraremos plenitud si construimos nuestra identidad sin límites, si dejamos de aceptar quiénes somos y comenzamos a definirnos únicamente según nuestros propios deseos.

Pero el problema no comenzó cuando el ser humano quiso ser diferente. Comenzó cuando quiso ocupar el lugar de Dios. Y esa búsqueda sigue dejando las mismas consecuencias. Cuando dejamos de recibir nuestra identidad como un regalo del Creador, comenzamos a buscarla desesperadamente en el éxito, el poder, la aprobación de los demás o la superioridad sobre otros. La buena noticia es que Dios no abandonó a la humanidad después de la caída. Aun en el mismo jardín anunció que vendría un Salvador (Gn. 3:15). Solo cuando volvemos a Cristo descubrimos que nuestra dignidad no se conquista; se recibe por gracia.

Ora: *Padre celestial, ayúdanos a encontrar nuestra identidad en Ti, y no en nuestros deseos pecaminosos. Quita nuestro pecado y haznos siervos fieles a tu obra. En Cristo Jesús, Amén.*

LA PRIMERA RUPTURA FAMILIAR

“Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”.

Génesis 4:9

A simple vista parecía una familia perfecta: padre, madre y dos hijos. Caín cultivaba la tierra y Abel cuidaba ovejas. Pero el pecado ya había entrado en el mundo y muy pronto mostró su poder destructivo. Un día, estando los dos en el campo, Caín atacó a Abel y lo mató. El primer homicidio registrado en la Biblia ocurrió dentro de una familia. El pecado que había separado al ser humano de Dios ahora separaba a un hermano de otro.

Entonces Dios preguntó: “¿Dónde está Abel tu hermano?”. Caín respondió: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”. En otras palabras: “¿Por qué tendría que preocuparme por él?”. Esa pregunta sigue siendo pertinente. No necesitamos llegar a la violencia de Caín para lastimar a nuestra familia. La indiferencia también hace daño. Hay hermanos que apenas se hablan, padres e hijos que viven bajo el mismo techo pero desconocen lo que ocurre en el corazón del otro, y familias donde cada quien está demasiado ocupado con sus propios intereses.

Por eso Dios todavía nos pregunta: “¿Dónde está tu hermano?”. ¿Sabes cómo está? ¿Qué le preocupa? Hoy muestra interés por tu familia. Escúchala, ora por ella y da el primer paso si alguna relación se ha enfriado. Frente a la pregunta “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”, respondamos con nuestra vida: sí, Dios me ha llamado a amarle, cuidarle y procurar su bien.

Ora: Dios nuestro, danos la capacidad de amar y cuidar de nuestras familias. Restaúra las familias rotas y úsalas para tu gloria.
En el nombre de Jesús, Amén.

EL PROBLEMA ESTÁ EN EL CORAZÓN

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”.

Génesis 6:5

Nos gusta pensar bien de nosotros mismos. Con frecuencia atribuimos nuestros errores a las circunstancias, a la educación, al ambiente o a las experiencias que hemos vivido. Creemos que, si cambian las condiciones, también cambiará el corazón humano. Por eso solemos buscar las causas de nuestros males en todo lo que nos rodea, sin preguntarnos si el problema podría estar más cerca de lo que pensamos.

El pasaje de hoy no pierde vigencia. Porque cuando Dios mira a la humanidad antes del diluvio, su diagnóstico es mucho más profundo. No observa solamente actos de violencia. Mira el lugar donde esa violencia nace: el corazón. La corrupción no era un problema aislado. Había alcanzado los pensamientos, las intenciones y los deseos de las personas. La violencia que llenaba la tierra era simplemente el fruto de una enfermedad mucho más profunda.

Puede ser una evaluación incómoda, pero también es una buena noticia. Porque si el problema estuviera únicamente en nuestro entorno, nunca habría una solución definitiva. Sin embargo, si Dios revela la verdadera raíz del mal, también puede ofrecer el remedio. Y eso es precisamente lo que hace el evangelio. Jesucristo no vino solamente a mejorar nuestras circunstancias, sino a reconciliarnos con Dios y darnos un corazón nuevo.

Ora: *Padre, examina nuestros corazones y muéstranos aquello que necesita ser cambiado. Renueva nuestras vidas conforme a tu voluntad y fortalece nuestra relación contigo. En Cristo, Amén.*



UN NUEVO COMIENZO

“Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplícaos, y llenad la tierra”.

Génesis 9:1

Este pasaje nos habla de una familia que, en muchos aspectos, se parece a las nuestras con sus temores y preocupaciones. Pero hay algo que los distingue, algo que muchas familias han ido perdiendo: la esperanza de un mundo mejor. Génesis nos muestra que esta era la única familia que quedaba sobre la tierra. Noé y sus hijos fueron los únicos sobrevivientes en medio de una humanidad que se había desbordado en corrupción y rebelión contra Dios. Solo ellos, según el relato bíblico, quedaron para contar lo que ocurrió en el diluvio.

Y por eso mismo, sabían muy bien lo que es vivir en un mundo marcado por el pecado. Sabían lo que es tratar de honrar a Dios como familia cuando todo a su alrededor caminaba en dirección opuesta. Habían visto con sus propios ojos la seriedad del juicio divino —algo que, seamos honestos, muchos en nuestra sociedad han olvidado—.

Pero también experimentaron algo profundamente hermoso: la dulzura de la gracia de Dios. Fueron preservados cuando todo a su alrededor fue destruido. Y aquí los vemos: de pie otra vez, mirando hacia el futuro, frente a un mundo por reconstruir. Una nueva oportunidad. Un nuevo comienzo. En medio del juicio, Dios recuerda a los suyos. El diluvio demuestra tanto la santidad de Dios como su misericordia al preservar una familia mediante la cual continuará su plan de redención.

Ora: *Gracias Dios, por tu gran misericordia. Te pedimos que fortalezcas nuestras familias y las ayudes a permanecer fieles a Ti en este mundo lleno de pecado. Por amor de Jesús, Amén.*



EL ORGULLO DE BABEL

“Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra”.

Génesis 11:4

Al leer este versículo, por un momento me parece estar viendo un comercial de televisión. Todo son promesas: llegar más alto, hacerse de un nombre, encontrar seguridad y formar parte de algo grande. ¿Quién no quisiera algo así? Compra esto y serás admirado. Alcanza esta posición y habrás triunfado. Consigue más seguidores y serás importante. Ten éxito y finalmente podrás sentirte satisfecho contigo mismo. Cambian los anuncios, pero la promesa sigue siendo la misma: puedes construir una vida suficientemente grande como para no necesitar de nadie más.

Eso fue Babel. El problema no era construir una ciudad ni levantar una torre. El problema estaba detrás del proyecto: “hagámonos un nombre”. Querían grandeza, seguridad y unidad, pero dejando a Dios fuera de sus planes. También nosotros podemos pasar la vida construyendo pequeñas torres: una carrera, una posición, o una imagen que queremos mantener ante los demás. Ninguna de esas cosas es necesariamente mala. El problema comienza cuando esperamos que ellas nos den el valor y la seguridad que solamente podemos encontrar en Dios.

Por eso vale la pena preguntarnos: ¿qué torre estoy construyendo para demostrar que mi vida vale? No necesitamos hacernos un nombre para ser alguien. Nuestra verdadera seguridad no está en qué tan alto podamos llegar, sino en pertenecer al Dios que ya nos conoce por nombre.

Ora: *Perdónanos, buen Dios, por ir tras el reconocimiento y la aprobación. Abre nuestros ojos para ver el propósito que tienes para nosotros y encontrar contentamiento en Ti. En Jesús, Amén.*

LA DISPERSIÓN DE LOS PUEBLOS

“Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres”.

Génesis 11:5

De pequeños recuerdo que nos preguntábamos qué tan alta habría llegado a ser la torre de Babel. ¿Sería como alguna de las grandes pirámides o zigurats de la antigüedad? ¿O quizá como esos enormes rascacielos que hoy identifican a algunas de las grandes ciudades del mundo? No tenemos manera de saberlo. Lo que sí nos deja ver el relato, con cierta ironía, es que aquella torre que pretendía llegar hasta el cielo no debía parecer tan impresionante desde allá arriba: Dios tuvo que “descender” para verla. El proyecto que parecía tan grande a los ojos de sus constructores era pequeño delante de Dios.

El relato continúa diciendo que Dios confundió sus lenguas y los dispersó por toda la tierra. Lo que aquellos hombres comenzaron con tanto entusiasmo terminó aparentemente en fracaso y confusión. La ciudad quedó inconclusa y sus habitantes fueron esparcidos.

Pero Babel no es el final de la historia. La Biblia comienza con una ciudad que los seres humanos quieren construir para hacerse un nombre, pero termina con una ciudad que desciende de Dios. Babel termina con los pueblos dispersos; Apocalipsis nos muestra una multitud de toda nación, tribu, pueblo y lengua reunida delante de Dios. En Babel los hombres querían hacerse un nombre; en la ciudad de Dios, el nombre de Dios estará en la frente de sus siervos. ¡Y usted puede ser parte de ella!

Ora: *Gracias Señor y Dios, porque tus planes son más grandes y maravillosos que los nuestros. Danos el deseo de vivir para tu gloria y extender tu evangelio al mundo. En Jesucristo, tu Hijo. Amén.*

BENDICIÓN SIN FRONTERAS

“...y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.
Génesis 12:3

¿Hasta dónde conoce usted su árbol genealógico? Muchos apenas podemos recordar los nombres de nuestros bisabuelos y, más allá de la cuarta o quinta generación, nuestro pasado comienza a volverse borroso. Pero no se preocupe: ahora hay sitios de internet y aplicaciones que prometen ayudarnos. Cada vez hay más interés por descubrir de dónde venimos, quiénes fueron nuestros antepasados y qué historias llevamos detrás. Algunos incluso buscan en su pasado familiar explicaciones para los problemas que enfrentan en el presente.

La Biblia, sin embargo, nos habla de algo mucho más importante que descubrir quiénes fueron nuestros antepasados. Dios hizo a Abraham una extraordinaria promesa: “serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. ¿No es hermoso? Después de la dispersión de Babel, Dios puso en marcha un proyecto que alcanzaría a personas de todos los pueblos, culturas y naciones. Y nosotros también estábamos incluidos en ese plan.

La promesa encuentra su cumplimiento en Cristo, la simiente de Abraham. Por medio de la fe en Él recibimos la bendición prometida y somos incorporados a la familia de Dios. Quizá nunca logremos completar nuestro árbol genealógico. Pero hay una pertenencia mucho más importante que podemos conocer con certeza: en Cristo tenemos un lugar en la familia de Dios. ¡Qué gran bendición!

Ora: *Gracias Padre celestial, porque en Cristo nos has dado un lugar en Tu familia. Enséñanos a vivir con gratitud y confianza como hijos tuyos. Por Cristo nuestro Salvador. Amén.*

LUZ PARA LAS NACIONES

“...también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”.

Isaías 49:6

¡Qué gran privilegio había concedido Dios a Israel! Lo había escogido de entre todos los pueblos para que su luz alcanzara a las naciones. Desde Abraham, el propósito había sido claro: por medio de este pueblo serían benditas todas las familias de la tierra. Sin embargo, Israel no siempre entendió su elección de esa manera. En lugar de compartir la luz, muchas veces terminó guardándola para sí. El privilegio podía convertirse fácilmente en orgullo: pensar que ser escogidos significaba que Dios se interesaba solamente en ellos.

Pero el fracaso humano no frustró el propósito de Dios. De Israel vino Jesucristo. Él es el Siervo anunciado por Isaías y la verdadera luz del mundo. En Él, la salvación de Dios comenzó a extenderse, como había prometido, “hasta lo postrero de la tierra”.

Hoy existen muchas discusiones acerca del lugar de Israel en los planes de Dios. Pero hay algo que ningún cristiano debería olvidar: de este pueblo vino nuestro Salvador. Por medio de Cristo, personas que pertenecemos a pueblos, culturas y lenguas muy diferentes hemos sido alcanzadas por la misma gracia. Y ahora esa luz ha llegado hasta nosotros para que tampoco la guardemos. Ser alcanzados por la luz de Cristo es también ser llamados a llevarla a otros. Cuide de ponerla en un lugar donde pueda irradiar para la gloria de Dios.

Ora: *Padre amado, gracias por la salvación que hemos recibido por medio de Cristo. Capacítanos para llevar tu luz a quienes viven en la oscuridad del pecado y la maldad. En Jesús, Amén.*



Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



**Ministerio
Reforma**

visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Muchas felicidades por la calidad y veracidad bíblica al elaborar sus devocionales. Por favor, nunca dejen de enviármelos. Forman parte de mi vida. ¡Gracias por compartir la comida que no perece!

-Divier Hernández de la Rosa

Gracias, por cada día enviar estos hermosos mensajes y ayudarnos con estas reflexiones.

-Mónica Pacheco, Chile

Al Ministerio Reforma: Les agradezco todos los mensajes o textos que me envían, han sido y siguen siendo de edificación a mi vida.

-Juan Antonio Castro Gasca, México

El Cada Día me es de gran ayuda, pues antes de iniciar mi actividad diaria, le doy lectura y edifica mi vida.

-Carlos Castellanos





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:



YouTube:



Instagram:



¡Nos encantaría saber de ti!

**Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:**

cadadia@ministerioreforma.com

**o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:**

Ministerio Reforma



EJEMPLO DE FE

“Pero cuando entremos en el país, tú deberás colgar esta soga roja de la ventana por la que nos has hecho bajar”.

Josué 2:18

Me pregunto si te identificas con la vida de Rahab. Si en tu vida has llegado a añorar un momento en el que alguien te ofrezca una tabla de salvación, una palabra de aliento, una nueva oportunidad. ¿Está ahora mismo tu vida pendiendo de un hilo como la vida de esta mujer? ¿Has agotado todos tus recursos intentando encontrar una salida a ese laberinto en el que ahora te encuentras?

El caso de Rahab quedó registrado en la Biblia porque sirve de inspiración para todos nosotros. Aquella mujer cuya vida era un desecho de la sociedad, llegó a convertirse en un ejemplo de fe para el pueblo de Dios. Cuando un escritor bíblico quiso ejemplificar una fe activa, puso como modelos a Abraham, el padre de la fe, y a Rahab la ramera. ¡Increíble!

En la lista de los héroes de la fe solo aparecen los nombres de dos mujeres: Sara, la esposa de Abraham, y Rahab, la ramera. Allí aparece su nombre junto al de gente famosa como Noé y Moisés. Y lo más maravilloso es que su nombre también se incluye en la genealogía más importante de la historia, la de los antepasados de Jesús, “Salmón engendró de Rahab a Booz”. Rahab, una extranjera, llegó a formar parte de los antepasados de gente importante del pueblo de Israel como David, Salomón y Jesús. Y del mismo modo, Dios puede lograr a través de Jesús darle un giro total a tu vida.

Ora: *Gracias Dios y Padre, por transformar nuestras historias para tu gloria. Usa nuestras vidas, nuestras familias y nuestros recursos para el engrandecimiento de tu obra. En Jesús, Amén.*

UNA MOABITA EN LA HISTORIA DE LA REDENCIÓN

“...porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios”.

Rut 1:16

Rut tenía muchas razones para volver a su pueblo: era viuda, joven y extranjera. Noemí incluso había insistido en que volviera a Moab, a su familia y a sus dioses. Humanamente parecía lo más razonable. Pero Rut había tomado una decisión sorprendente: “Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios”.

Estas palabras cobran todavía mayor fuerza cuando recordamos quién las pronuncia. Rut no había nacido entre el pueblo del pacto y provenía de una nación que tenía una historia difícil con los israelitas. Sin embargo, decidió dejar atrás su tierra y poner su confianza en el Dios de Israel. Y Dios le abrió un lugar entre su pueblo.

La historia de Rut nos recuerda que el propósito de Dios nunca estuvo limitado por fronteras, nacionalidades o diferencias étnicas. Mucho antes de que el evangelio comenzara a extenderse por todo el mundo, encontramos en el Antiguo Testamento a extranjeros como Rut acercándose por la fe y siendo recibidos dentro del pueblo de Dios. Pero hay algo todavía más sorprendente. Rut llegó a formar parte de la familia de David y, muchos siglos después, su nombre aparecería en la genealogía de Jesucristo. Una extranjera terminó formando parte de la historia por medio de la cual Dios traería al Salvador del mundo. Rut llegó como extranjera, pero la gracia le dio un pueblo, un Dios y un lugar en la historia de la salvación.

Ora: *Tu gracia no conoce fronteras, buen Dios. Gracias por hacernos parte de tu pueblo escogido. Ayúdanos a aceptar tu voluntad para nosotros y a confiar en tus planes. Por Cristo, Amén.*



BENDECIDOS PARA BENDECIR

“Haga resplandecer su rostro sobre nosotros; para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación”.

Salmo 67:1-2

Mucha gente se reúne para adorar a Dios en las iglesias un día como hoy. ¡Y qué bendición es poder hacerlo libremente, sin las amenazas y peligros que enfrentan muchos hermanos nuestros en otras partes del mundo! Algunos viven bajo leyes que restringen su fe, otros corren el riesgo de ir a prisión y algunos hasta ponen en peligro su vida por confesar a Cristo.

Pero ¿se ha puesto a pensar que hubo un tiempo cuando ver a personas de todas las naciones adorando al Dios verdadero era apenas un anhelo y una oración en medio de un pequeño pueblo? En Israel había quienes entendían claramente que Dios no era solamente el Dios de ellos. Por eso el salmista pedía: “Haga resplandecer su rostro sobre nosotros”, y enseguida añadía: “para que”. Quería la bendición de Dios para que otros pueblos también conocieran sus caminos y experimentaran su salvación.

Siglos después, nosotros somos parte de la respuesta a aquella oración. Pertenece a pueblos que entonces estaban lejos, pero el evangelio llegó hasta nosotros y hoy podemos unir nuestras voces para adorar al mismo Dios. También nosotros podemos acostumbrarnos a pedir: Bendícenos para que otros te conozcan. Prospera tu iglesia para que el evangelio llegue más lejos. Haz resplandecer tu rostro sobre nosotros para que las naciones conozcan tu salvación.

Ora: Dios nuestro, bendice tu iglesia y dale fortaleza para llevar el mensaje de tu Palabra a más pueblos y naciones. Ayúdanos a compartir el mensaje de salvación a donde vayamos. En Jesús,
Amén.



PERDÓN Y MISERICORDIA

“Y comenzó Jonás a entrar por la ciudad, camino de un día, y predicaba diciendo: De aquí a cuarenta días Nínive será destruida”.

Jonás 3:4

Muchos creyentes llevamos nuestra ciudad en el corazón. Queremos ganarla para Cristo. Nos gustaría ver, en el día final, a muchos de nuestros conciudadanos celebrando al Cordero que dio su vida por ellos. Oramos, evangelizamos y participamos en esfuerzos para que el mensaje de salvación llegue hasta ellos.

¡Qué contraste con Jonás! El profeta entró en Nínive de mala gana y su mensaje fue tan breve como contundente: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida». No organizó una gran campaña ni buscó la manera de hacer más atractivo su mensaje. Y lo más grave es que, como descubriremos después, en el fondo Jonás esperaba que Dios cumpliera aquella amenaza. Nínive era enemiga de su pueblo y él no quería verla perdonada.

Pero Dios sí. A pesar de la resistencia del mensajero, Dios utilizó aquella sencilla predicación para conmover a toda una ciudad. Desde el rey hasta el pueblo se humillaron, y Dios tuvo misericordia de ellos. Qué importante es esto para nosotros, que tenemos un mensaje mucho más completo que el que escuchó Nínive. El juicio de Dios sigue siendo una realidad, pero podemos anunciar que Cristo tomó sobre sí nuestro juicio y nuestra condenación para ofrecernos perdón y vida. Si Nínive se arrepintió ante el anuncio del juicio, cuánto más deberíamos anunciar con entusiasmo las buenas noticias de la gracia.

Ora: Señor y Dios nuestro, danos un corazón que anhele la salvación de quienes nos rodean y ánimo para anunciar tu perdón y gracia. En Cristo Jesús, Amén.

FAMILIA INESPERADA

“Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí”.

Mateo 1:5

Mateo escribe su evangelio teniendo muy presente a sus lectores judíos. Algunos de ellos todavía tenían dificultades para comprender por qué el evangelio debía abrir sus puertas a quienes no eran hijos de Abraham, no compartían su historia y provenían de otros pueblos.

Pero Mateo comienza su evangelio con una sorpresa. En la genealogía del Mesías aparecen nombres como Rahab y Rut. Las dos eran extranjeras. La primera provenía de Jericó; la segunda, de Moab. Sin embargo, ambas fueron recibidas por la fe dentro del pueblo de Dios y terminaron formando parte de la familia de la cual vendría Jesucristo. No era algo que Mateo quisiera esconder. Todo lo contrario: lo dejó escrito en la primera página de su evangelio.

Antes de que Jesús predicara un solo sermón, Mateo ya estaba mostrando que la gracia de Dios había atravesado fronteras y alcanzado a quienes parecían estar fuera. Y ahora ocurre algo todavía más grande. La salvación ya no es un privilegio que se recibe por llevar determinada sangre en las venas. No depende de nuestra sangre, sino de la sangre de Cristo, el verdadero Hijo de David, derramada por nosotros en la cruz. Por eso hay lugar para Rahab y para Rut; para judíos y gentiles; y para todos nosotros, que llevamos también las cicatrices que el pecado ha dejado en nuestra historia. ¿Has conocido ya al Hijo de David?

Ora: *Gracias Señor Jesús, porque por medio de tu sangre hemos recibido un lugar en la familia de Dios. Ayúdanos a conocer más de Ti y a seguir tu ejemplo. Amén.*

TAN CERCA Y TAN LEJOS

“Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos”.

Mateo 2:1

Hay personas que pueden estar muy cerca de algo y, sin embargo, nunca llegar a disfrutarlo. Eso fue precisamente lo que ocurrió cuando nació Jesús. Los sacerdotes y escribas estaban a pocos kilómetros de Belén. Conocían las profecías e incluso pudieron decirle a Herodes exactamente dónde debía nacer el Mesías. Pero, hasta donde sabemos, ninguno hizo el viaje.

Los que llegaron fueron unos extranjeros. Mateo simplemente dice que eran unos magos que venían «del oriente». Habían visto una estrella y emprendieron un largo viaje preguntando: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?». ¡Qué escena tan significativa! Jesús apenas había nacido y las naciones ya comenzaban a acercarse a Él.

Y aquí hay también una advertencia para nosotros. Podemos estar muy cerca de las cosas de Dios, conocer la Biblia, asistir a la iglesia y saber las respuestas correctas, pero nunca dar los pasos necesarios para acercarnos verdaderamente a Cristo. Los escribas sabían dónde estaba Belén. Los magos fueron hasta allí. No importa qué tan lejos hayas estado de Dios ni cuál sea tu origen. Desde las primeras páginas del evangelio, Cristo aparece como un Rey que recibe a quienes vienen de lejos para buscarlo. Los primeros extranjeros llegaron desde Oriente; después vendrían muchos más. Entre ellos, por la gracia de Dios, llegamos también nosotros.

Ora: Señor y Dios, ayúdanos a actuar y no conformarnos con solo escuchar de Ti. Danos sabiduría y entendimiento para buscarte en todo momento. Por Cristo Jesús, Amén.

JESÚS Y EL CENTURIÓN ROMANO

“Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos”.

Mateo 8:10-11

A veces basta saber de dónde viene una persona para comenzar a formarnos una opinión sobre ella. Su nacionalidad, su manera de hablar, pueden convertirse rápidamente en etiquetas que determinan cómo la miramos. Imagine entonces lo que significaba para un judío encontrarse con un centurión romano. No era solamente un extranjero. Era un oficial del ejército que ocupaba su tierra. Había muchas razones para mantenerlo a distancia.

Pero este hombre se acercó a Jesús porque uno de sus siervos estaba sufriendo. Y lo hizo con una humildad sorprendente: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo”. Estaba convencido de que bastaba una palabra de Jesús para que su criado fuera sanado. La respuesta de Jesús debió sorprender a todos: “Ni aun en Israel he hallado tanta fe”.

Jesús vio en aquel extranjero algo que otros quizá no podían ver. Y entonces anunció que llegaría el día cuando muchos vendrían “del oriente y del occidente” y se sentarían con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. ¡Qué imagen tan hermosa! La mesa del reino será mucho más grande de lo que algunos imaginaban. Allí habrá personas provenientes de lugares, culturas y pueblos diferentes, reunidas no por su origen, sino por su fe en el mismo Salvador. Por eso, al mirar a los demás, aprendamos, como Jesús, a ver a un candidato al reino de los cielos.

Ora: Dios nuestro, quita de nosotros los prejuicios y ayúdanos a mirar a cada persona a través de Cristo. En su nombre oramos, Amén.

UNA FE QUE NO SE RINDE

“Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos”.

Marcos 7:28

Hay necesidades que nos hacen buscar donde antes nunca hubiéramos buscado. Eso le ocurrió a una mujer que encontró a Jesús donde menos lo esperaba: en su propia tierra. Jesús había entrado en territorio gentil y Marcos la identifica como una mujer sirofenicia. No pertenecía a Israel ni podía reclamar como propios los privilegios del pueblo del pacto. Pero tenía una hija atormentada por un espíritu maligno y había escuchado que Jesús estaba cerca. Así que fue a buscarlo y se echó a sus pies.

Jesús le respondió utilizando la imagen de una familia alrededor de la mesa: primero debían comer los hijos; no estaba bien tomar su pan y echarlo a los perrillos. Su misión seguía el orden establecido por Dios: primero Israel.

Aquella respuesta pudo haberla hecho desistir. Pero la mujer encontró esperanza incluso en las palabras de Jesús: “Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos”. No discutió sus méritos ni exigió sus derechos. Simplemente creyó que la gracia que había encontrado en Jesús era tan abundante que incluso las migajas serían suficientes para ella. Y tenía razón. Jesús respondió a su petición y su hija fue liberada. Una mujer extranjera, aparentemente lejos de las promesas de Israel, descubrió que la misericordia de Dios podía llegar también hasta su casa. ¿Ha entrado ya a tu casa?

Ora: *Padre celestial, danos una fe perseverante como la de la mujer sirofenicia. Te pedimos que tu gracia abunde en nuestras vidas, en el glorioso nombre de Jesús. Amén.*

MÁS ALLÁ DE LOS PREJUICIOS

“La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”.

Juan 4:9

No todos hemos llegado dócilmente a los pies de Cristo. Algunos hemos batallado con preguntas, otros con dudas, otros con el pecado y algunos con todo a la vez. Creo que aquella mujer tenía un poco de todo, pero lo primero que sale a relucir es una barrera que llevaba mucho tiempo levantándose: el prejuicio.

Siglos de conflicto entre judíos y samaritanos habían producido desconfianza y rechazo entre ambos pueblos. Por eso, cuando Jesús le pide agua, ella no puede evitar señalar la diferencia: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”. Ella veía a un judío. Jesús veía a una mujer sedienta. Y por eso la conversación continuó. Jesús comenzó pidiendo agua, pero terminó ofreciéndole otra clase de agua, una capaz de satisfacer una sed mucho más profunda. No sabemos si finalmente ella le dio de beber a Jesús, pero sí sabemos que ella bebió del agua de vida.

Eso me hace pensar en cuántas personas mantienen también su distancia de Cristo por algún prejuicio: una mala experiencia con una iglesia, el comportamiento de algún cristiano, ideas que han escuchado acerca de la fe o simplemente la convicción de que Jesús no tiene nada que ofrecerles. Quizá nuestros prejuicios nos hayan mantenido lejos durante mucho tiempo. Pero hay agua todavía. Y Cristo todavía dice: “Si conocieras el don de Dios...”.

Ora: Dios y Padre, ayúdanos a derribar las barreras que nos alejan de Jesús. Danos del agua de vida que Cristo ofrece y satisface nuestros corazones sedientos con tu Palabra. En Jesús, Amén.



EL BUEN PASTOR TIENE OTRAS OVEJAS

“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”.

Juan 10:16

Hay personas que llevan años esperando un anuncio importante: que fueron aceptadas, que hay un lugar para ellas, que finalmente pertenecen. Puede ser la respuesta a una solicitud de residencia, la admisión a una universidad o la oportunidad de formar parte de un equipo. ¡Qué hermoso es escuchar: “Hay lugar para ti”!

El anuncio que Jesús hace debería resonar en cada rincón del planeta: “También tengo otras ovejas que no son de este redil”. Jesús estaba pensando en quienes estaban fuera del pueblo de Israel. Personas de otras naciones, lenguas y culturas que también escucharían su voz y serían incorporadas a su rebaño. Y lo más hermoso es la determinación con que lo dice: “aquellas también debo traer”.

No habría un plan diferente para ellas, ni un pastor distinto. Habría “un rebaño, y un pastor”. El mismo Buen Pastor que daría su vida por las ovejas las buscaría y las reuniría alrededor de sí. Nosotros somos parte del cumplimiento de aquellas palabras. Un día estuvimos lejos, pero la voz del Pastor también llegó hasta nosotros. Y no llegamos porque tuviéramos algún derecho especial. Ninguna oveja puede presumir de haber ganado su lugar en el rebaño. Estamos aquí porque el Buen Pastor dio su vida por nosotros. Hay lugar en el rebaño, no porque nosotros hayamos abierto la puerta, sino porque el Buen Pastor dio su vida para reunirnos.

Ora: Bendito seas, Señor y Dios, por habernos buscado y traído al lugar que nos has preparado en tu reino. Sigue hablándonos y pastoreando. En Cristo Jesús, Amén.



A TODAS LAS NACIONES

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

Mateo 28:19

Al escuchar estas palabras tal vez nos sintamos tan abrumados como debieron sentirse los primeros discípulos. Ellos no contaban con aviones, GPS ni mapas satelitales. Viajar era lento, costoso y peligroso. ¿Cómo podía un pequeño grupo de discípulos llevar el evangelio a todas las naciones?

Pero quizá la parte más difícil de la tarea no estaba en las distancias, sino en aquellas palabras: «haced discípulos». Porque Jesús no les pidió simplemente conseguir oyentes, simpatizantes o personas que alguna vez levantaran la mano diciendo que creían. Un discípulo es alguien que aprende a seguir a Jesús, somete su vida a Él y comienza a vivir de acuerdo con sus enseñanzas. Y eso requiere tiempo, paciencia y compromiso.

Pero Jesús no envió solos a aquellos hombres. Los mandó a bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y terminó con una promesa capaz de sostenerlos frente a semejante desafío: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». El evangelio cruzó fronteras, aprendió nuevos idiomas y llegó también hasta nosotros. Ahora nos corresponde continuar. Quizá nunca viajemos al otro lado del mundo, pero seguramente hay alguien cerca de nosotros a quien podemos ayudar a conocer y seguir a Jesús. La misión alcanza a todas las naciones, pero siempre comienza con el siguiente discípulo.

Ora: Señor Jesús, quiero dar mi tiempo, ejercer paciencia y comprometerme a hacer discípulos. Ayúdame a confiar en la promesa de que en esta tarea estarás conmigo. Amén.

EL EVANGELIO EN MUCHAS LENGUAS

“Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?”.

Hechos 2:7-8

Cuando nos relacionamos con personas de otra cultura, el idioma puede convertirse fácilmente en una barrera. Las palabras pueden acercarnos, pero también pueden separarnos. Por eso resulta tan hermosa la escena de Pentecostés. Jerusalén estaba llena de personas procedentes de diferentes lugares y hablando distintas lenguas. De pronto comenzaron a escuchar a los discípulos proclamando las maravillas de Dios, y sorprendidos preguntaban: «¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?».

Dios pudo haber hecho que todos hablaran una misma lengua. Pero no lo hizo. Hizo que cada uno escuchara el mismo evangelio en su propia lengua. En Babel, la diversidad de lenguas había terminado en incomprensión y dispersión. En Pentecostés las lenguas siguen siendo diferentes, pero ahora personas de distintos pueblos pueden escuchar juntas las maravillas de Dios.

Eso nos enseña algo acerca del corazón del evangelio. Dios no nos pide que dejemos nuestra lengua, cultura o procedencia en la puerta para poder acercarnos a Él. Lo he comprobado al encontrarme con cristianos de otras culturas. Quizá batallamos para encontrar las palabras adecuadas y algunas expresiones se pierden en la traducción, pero pronto descubrimos algo que nos une: todos hemos conocido a la Palabra que se hizo carne, Jesucristo.

Ora: *Dios soberano, gracias por habernos capacitado con diferentes dones para proclamar tu palabra a otros. Ayúdanos a proclamar el evangelio encarnado. En quien oramos, Amén.*

UN SOLO CUERPO

“Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?”.

1 Corintios 12:16

¡Qué bueno que las orejas no hablan! Con todo lo que escuchan podrían meternos en serios problemas. Y, pensándolo bien, tampoco necesitamos que hagan otra cosa. Las apreciamos por lo que pueden hacer, no por aquello que no pueden hacer. ¿Se imagina entonces qué ocurriría si las distintas partes de nuestro cuerpo comenzaran a compararse entre ellas?

Pablo utiliza esta imagen para hablar de la iglesia. Y tiene mucho sentido. El evangelio había comenzado a reunir en una misma comunidad a personas muy diferentes: judíos y gentiles, esclavos y libres, personas con distintos trasfondos, capacidades y funciones. El desafío ahora era aprender no solamente a estar juntos, sino a valorarse unos a otros en medio de sus diferencias.

Ese desafío continúa. Como miembros del cuerpo de Cristo podemos mirar a otros, comparar sus capacidades con las nuestras y concluir que tenemos poco que aportar. O podemos pensar que quienes son diferentes a nosotros tienen menos valor. Dios piensa de otra manera. Él no está formando una iglesia donde todos sean iguales, sino un cuerpo donde personas diferentes pertenecen al mismo Señor y se necesitan mutuamente. No necesitas convertirme en otra persona para encontrar tu lugar. Dios te ha incorporado al cuerpo y te ha dado capacidades que puedes poner al servicio de los demás.

Ora: Señor, ayúdame a descubrir mi lugar en tu iglesia, y a hacerlo con alegría aun si no es algo vistoso. En Jesús te lo pido, amén.

SOMOS UNO EN CRISTO

“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”.

Gálatas 3:28

Vivimos en un mundo dividido y cada vez más polarizado. Nos separamos por nacionalidad, condición social, ideas y hasta por ser hombres o mujeres. Algunas de esas diferencias llegan incluso a convertirse en motivo de rivalidad: nosotros contra ellos, los de aquí contra los de allá.

Dios tiene un proyecto diferente. Cuando Pablo dice que «ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer», no está diciendo que esas diferencias hayan desaparecido. Seguimos teniendo una historia, una cultura, una condición y características propias. Lo que ha cambiado es que ninguna de ellas determina ahora nuestro valor o nuestra posición delante de Dios. Esto resultaba sorprendente en una sociedad donde esas diferencias establecían enormes distancias entre las personas. Pero el evangelio colocó a todos en el mismo lugar: pecadores necesitados de gracia, recibidos por la fe y unidos al mismo Salvador.

Por eso Pablo puede decir: «todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». ¡Qué bueno que nuestras diferencias ya no tienen la última palabra! No necesitamos despreciarlas ni utilizarlas para sentirnos superiores a otros. Hay algo mucho más grande que nos define y nos mantiene unidos: pertenecemos a Cristo. Lo que nos hace diferentes puede ser importante; pero lo que nos une en Cristo es mucho más grande.

Ora: Dios nuestro, gracias porque siendo muchos, somos un solo pueblo. Gracias por unirnos por medio de tu Hijo Jesucristo. En su nombre oramos, Amén.

EL MURO QUE CRISTO DERRIBÓ

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación”.

Efesios 2:14

Cuando cayó el Muro de Berlín hace algunas décadas, buena parte del mundo respiró aliviada. Parecía terminar una época marcada por la Guerra Fría, familias separadas y pueblos divididos por profundas diferencias políticas. Y, sin duda, muchas cosas cambiaron. Pero basta mirar los conflictos de nuestro tiempo para descubrir que derribar un muro de concreto no necesariamente derriba los muros que levantamos en el corazón.

Pablo habla de una pared mucho más profunda que también fue derribada. Durante siglos, judíos y gentiles habían vivido separados por enormes diferencias religiosas, culturales y sociales. Parecía imposible imaginar a ambos formando parte del mismo pueblo. Pero entonces vino Cristo. Pablo no dice que Jesús simplemente abrió una puerta en aquella pared para permitirnos pasar de vez en cuando. Dice que la derribó. Por medio de su muerte, Cristo reconcilió con Dios a quienes estaban separados de Él y comenzó a reconciliarlos también entre sí.

Y esa nueva realidad debe hacerse visible en la iglesia. Los creyentes en Cristo están llamados a mostrarle a un mundo dividido que otra clase de comunidad es posible: personas diferentes, reconciliadas con Dios y aprendiendo a vivir reconciliadas entre sí. Cristo no murió para ayudarnos a convivir a cada lado del muro. Murió para derribarlo y hacernos un solo pueblo.

Ora: *Padre nuestro, ayúdanos a reconocer que el muro de separación entre tus hijos ha sido derribado. Ayúdanos también a vivir en la paz de Cristo los unos con los otros. En Jesús, Amén.*

LA MULTITUD DELANTE DEL CORDERO

“...y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero...”

Apocalipsis 7:9

No hay reunión humana que pueda compararse con la que Juan contempla delante del trono de Dios. Era una multitud tan grande que nadie podía contarla: personas «de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas». La historia que comenzó con pueblos dispersos termina con pueblos reunidos. Las lenguas que en Babel se convirtieron en motivo de separación ahora se escuchan delante del mismo trono. Las diferencias no han desaparecido, pero ya no los separan.

Y lo más importante no es solamente quiénes están allí, sino por qué están allí. Todos están delante del Cordero. No llegaron por pertenecer a una nación privilegiada, por hablar determinada lengua o por sus propios méritos. Unos versículos después se nos dice que han lavado sus ropas en la sangre del Cordero. Todos están allí por la misma razón: fueron alcanzados por la gracia de Cristo.

En el presente todavía hay pueblos que necesitan escuchar, personas que necesitan ser alcanzadas y lenguas en las que el nombre de Jesús necesita seguir siendo proclamado. Un día estaremos allí. Y qué hermoso será descubrir rostros y escuchar lenguas de pueblos que quizá ni siquiera conocimos en esta vida. Pero quizá será todavía más emocionante encontrar entre aquella multitud personas de nuestra familia, nuestra comunidad y nuestro pueblo, celebrando con nosotros la salvación del Cordero.

Ora: *Padre, gracias por revelarnos el gran regocijo que experimentaremos los redimidos al estar en tu presencia. Ayúdanos a vivir en esta esperanza bienaventurada. En Cristo, Amén.*



